PQ 2261
E6

SOR FILOMENA

I

La sala es alta, ancha y larga, prolongándose y perdiéndose en la sombra, sin vérsela el fin.

Es de noche. Dos chimeneas despiden por abierta puertecilla, rojizo resplandor; de trecho en trecho, lamparillas cuya ténue llama se esconde á la vista, señalan una línea de fuego sobre el reluciente piso. A sus luces, dudosas y vacilantes, blanquean confusamente á derecha é izquierda las cortinas contra las paredes, dibujandose con vaguedad algunas filas de camas, que la noche deja adivinar apenas. En un extremo de la sala, allá en la oscuridad profunda, parece palidecer algo que semeja la imágen de una virgen de yeso.

El aire es templado, templado, pero húme-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

do é impregnado de un olor desagradable de cerato calentado y de linaza cocida.

Todo calla; nada hace ruido, nada se mueve: duerme la noche y el silencio pesa. Apenas si de cuando en cuando sale de la sombra inmóvil y muda un roce de sábanas, un bostezo ahogado, una apagada queja, un suspiro. Después la sala vuelve á una paz sorda y misteriosa.

Allá abajo, donde está colgado un quinqué, al lado de un libro de oraciones, sobre la silla cuyo asiento de paja aquel ilumina, una muchachona, que tiene ambos piés apoyados en el palo de aquella silla, se levanta, con el pelo enmarañado por el sueño, del gran sillón cubierto de tela blanca, en que estaba soñolienta. Pasa como una silueta por la luz de la lámpara, va á una chimenea, coge el gancho de hierro puesto sobre la caliente ceniza, mueve y rompe por dos ó tres veces los carbones, vuelve á su sillón, coloca de nuevo los piés en el palo de la silla, y se echa á un lado.

El fuego, reanimado, se enrojece más. En largos vasillos de vidrio, sujetos á dos redondos brazos de hierro, las lamparillas se mueven y reviven: su pábilo sube y baja, como un soplo, en el luminoso y transparente aceite. El humero, que se balancea con la movible llama, proyecta sobre las vigas del techo una

mosbra enorme, cuyo círculo se agita y estremece sin cesar. Abajo, á derecha é izquierda, corre la luz blandamente, del vidrio colgante á los piés de las camas, á la franja de tela fruncida que las corona, á las cortinas, cuya sombra arroja en figuras de bandas, á lo largo de un cuerpo bajo una manta envuelto. Las formas, las líneas se bosquejan en la incierta media luz que las baña, mientras que entre los lechos, las altas ventanas, mal tapadas por las cortinas, dejan pasar la azulada claridad de una hermosa noche de invierno, helada y serena.

De lamparilla en lamparilla se aleja la perspectiva, las imágenes se borran y se confunden. En los sitios donde cesa la claridad de la una y donde la claridad de la que sigue aún no luce, grandes sombras negras se levantan deshechas y se juntan con el techo, produciendo penumbra en ambos lados de la sala. Más allá, la vista percibe todavía una confusa blancura; luego la tiniebla vuelve: noche opaca en que todo desaparece.

En lo más espeso de la sombra, allá en el fondo de la sala, se mueve un pequeño resplandor, y aparece un punto de fuego. Una luz que sale de allí lejos, avanza y se agranda como luz perdida en un negro campo á donde se fuera de noche. La luz se acerca, está detrás

de la gran puerta vidriera que cierra la sala y la separa de otra; dibuja su arco, ilumina los cristales; ábrese la puerta: distínguese una bujía y dos mujeres enteramente blancas.

«¡Ah! La ronda de la madre ...» murmura á media voz una enferma medio dormida, que cierra los ojos á la luz y se vuelve del otro lado.

Las dos mujeres, de blanco, pasan lenta y suavemente, con un paso tan ligero, que su pie ni aun hace sobre el suelo el ruido de un roce. Se adelantan, precedidas por la bujía, como sombras en un rayo de luz.

La que va por el lado de las camas anda con las manos cruzadas delante. Es joven. Su fisonomía tiene una tranquila dulzura: una de esas sonrisas apacibles que el sueño pone silenciosamente en una cara que duerme. Lleva en la cabeza el blanco velo de la novicia. Su suelto traje, que amarillea en su contraste con las frías blancuras del percal y del lienzo de las camas, es el hábito blanco de las Hermanas de San Agustín.

Al lado de la Hermana, la fámula de la Comunidad, en chambra blanca, en enaguas blancas, con cofia de dormir, sigue sus pasos. Ella lleva la bujía, que ilumina por completo su rostro y dá á su color, de papel mojado,

la blancura mate y fría de una cabeza de vieja abadesa en un cuadro negro.

A medida que las dos mujeres andan, la luz, que penetra en las camas por las cortinas recogidas, muestra un instante, ora una boca abierta, los agujeros de unas narices, la cabeza apoyada en la almohada de una mujer que duerme; pasa sobre la faz flaca de una enferma, cuyo pañuelo le tapa hasta los ojos, y que tiene, con un puño apretado sobre la mejilla, la sábana subida hasta la boca; salta por encima del aro que marca la manta á los piés de una cama; indica, en la flexibilidad del lienzo, la bonita línea de la cadera de una joven que dormita con el brazo izquierdo colodo en forma de corona bajo sus cabellos, y pálida como una hostia en la sombra.

A las que duermen dirige la Hermana una mirada: á las que no duermen, un pequeño saludo con la cabeza: las buenas noches con los ojos; una palabra, la sonrisa de su aproximación, la caricia de sus manos, que remeten la ropa de las camas y levantan las almohadas.

A su paso, sale de una cama una voz que no articula, una que gruñe, un estertor de cólera. La Hermana va á la cabecera de aquella cama, levanta en sus brazos á la enferma vieja, á quien mece con palabras que ella repite con

acento musical y cantado, con esa voz de mimo que las nodrizas y las madres toman con los niños malos para hacerles que obedezcan. La vuelve, se inclina sobre su espalda, sobre sus riñones, deformados y estropeados por el lecho, escoriados y martirizados, señalados con manchas rojas como los riñones de un niño ensangrentado y herido por las mantillas. Junta las dos piernas descarnadas y rígidas de la vieja, la una contra la otra, huesos contra huesos, y saca con presteza de debajo del cuerpo, movido de su sitio, los trapos súcios... Bajo el dominio de su afectuosa palabra, de la delicadeza ligera de sus manos, la enferma sólo tiene un movimiento de impaciencia, un gruñido de animal.

—Le van á hacer á usted una cataplasma, le dice la Hermana.

—¡No quiero.... no quiero!.... intenta gritar la enferma, cuya voz hueca se enreda y ahoga.

La Hermana, con la misma dulzura en los labios y en los gestos, la vuelve á acostar sin sacudida, le coloca su cofia, y por los dos lados de su cabeza sube, ahuecándola, la aplastada almohada.

Y sigue su ronda. Algunas enfermas de acá y de allá la miran pasar curiosas, se medio levantan, afirmándose con un brazo en el palo

de madera colgado en el centro de sus camas, cuya sombra se balancea en lo alto mucho después de haberlo soltado.

Se detiene en una cama que está cerrada por las cuatro cortinas de los lados y las dos cortinas de los piès, juntadas hasta no dejar pasar la claridad. Sus pliegues caen al suelo, tiesos y rectos; sus alzapaños están sueltos en los ángulos, desatados, inertes, con sus dos cordoncillos colgando. Encima de la cama cerrada y velada no hay ya, en la placa de metal lisa y negra, el cartel escrito que se ve en los demás lechos. La Hermana se dirige hacia aquel, entreabre una de las cortinas, y desaparece detrás algunos segundos. Después, con la mano con que acaba de hacer la señal de la cruz, deja caer la colgadura, que recobra sus inmóviles pliegues.

El paso de la Hermana se hace más lento al acercarse á una puerta, por la que se escapan, de la sala de las mujeres parturientas, pequeños gritos, que sólo se apaciguan un instante, y vuelven á empezar más vivos, con mayor insistencia y esfuerzo. La Hermana escucha aquel canto gritón y claro de las cunas despiertas, que llega á su oído como el alegre piar de una reciente pollana.

Después de aquel silencio lamentable, después de todos aquellos ruidos sordos de la en-

fermedad, del sufrimiento, de la agonía, de la muerte, le parece, en aquellos vagidos y ayes de los recién nacidos, vivir, oir, gritar la vida ...

De repente la llaman á una cama por un enérgico alarido, seguido de llantos parecidos á los de los niños pequeños. Una luz simula un incendio en las cortinas de aquella cama. Un joven está al lado, con la gorrilla de los internos y con un delantal blanco atado al primer botón de su paletó. Examina con mirada investigadora á la enferma, que llora y gime. La Hermana llega.

—No, usted no ... le dice brutalmente, cogiéndole de las manos la venda que traía, y que pasa á la enfermera de sala, de pie al otro lado de la cama. Y el joven pone sus manos vivamente sobre el cuerpo de la enferma, cuyo vendaje rehace.

La Hermana no contesta nada al interno; se aleja, y desaparece por el fondo de la sala de Santa Teresa.

II

Aquella Hermana se llamaba, en religión, sor Filomena. Su nombre, según partida de bautismo, era María Gaucher.

María Gaucher era la hija de una chalequera, casada con un cerrajero que ganaba unos dos francos diarios trabajando para los almacenes de ferretería. María vino al mundo en un mes de miseria, en Enero, con un alegre sol de invierno, entre dos juramentos de la comadre de la Sociedad de Beneficencia, que tenía «una pensionista en la casa».

Entró en la vida muy pequeñita, pesando apenas los que los niños recién nacidos, sin fuerzas para vivir. Su madre la alimentó con la leche pobre de las mujeres que viven sentadas y que velan. La pequeña vivió, á pesar